

Experiencias Educativas

El Aprendizaje de los Colores o la Construcción del Arco Iris

Cristóbal Gómez Mayorga
Maestro de Educación Infantil del
C.P. El Romeral de Vélez-Málaga

Lejos de una construcción racionalista de la realidad, los más pequeños se apropian de su entorno a través de la asociación afectiva de los acontecimientos. Con esta experiencia, se propone recuperar esta visión e impulsar el aprendizaje de los saberes que solo los niños nos pueden transmitir.

Percibimos la realidad con los ojos de la afectividad, o como dice José Antonio Marina en "El laberinto sentimental": El mundo es afectivamente construido.

Cada niño lleva un proceso de aprendizaje diferente en función de su afectividad. Muchos maestros y maestras hemos olvidado esto y pretendemos enseñar, por ejemplo, los colores, desde una concepción racionalista: a todos los mismos colores, a la vez, siguiendo un orden supuestamente lógico.

Fueron mis jóvenes alumnos los que me enseñaron el proceso de aprendizaje de los colores. Yo sólo tuve que estar atento y tomar buena nota:

Cuando Juani llegó a clase, con la esperanza de cumplir 3 años en diciembre, ya sabía el color verde. Lo utilizaba de forma insistente en todos sus dibujos, mezclaba diferentes verdes, pero el sol, la casa, la flor y los niños siempre eran verdes. Mis intentos para ampliar la gama de colores fueron inútiles. Él era del Betis, que tiene la camiseta verde, como su padre.

Rocío coloreaba de rosa todo lo que tocaba. Rosa como el vestido que su mamá le ponía, rosa como el lacito de su cabeza que su mamá le ataba, rosa como las zapatillas rosas que su mamá le calzaba. Durante muchos meses le fue imposible aprender otro color que no fuese el rosa, que de su madre había aprehendido.

A Javi le gusta el color azul, que es de niño. Su liderazgo en la clase hizo que algunos niños comenzaran a aprender este color: "azul como Javi". La evolución del aprendizaje de los colores por los alumnos dice mucho de la sociología de la clase y del medio cultural del que provienen.

A María no le parecía importante el color, sino el hecho de que por arte de magia los lápices derramaran su sangre en el papel. Se pasaba horas coloreando de forma aleatoria. Nunca había tenido colores. Cada día me pedía un lápiz y un papel que se llevaba a su casa y me los devolvía, religiosamente, al día siguiente.

Marta es muy madura; sabe todos los colores, pero siempre pinta de negro. Todos los niños y niñas en algún momento pasan por este color cuando algún conflicto se atraviesa en sus vidas, pero lo de Marta iba para largo, los problemas de su casa estaban oscureciendo su corazón.

Jose pasó rápidamente por los diferentes colores en forma escalonada. Después, descubrió la mezcla y todos sus dibujos dejaron de tener colores definidos. Parecían laberintos multicolores con los que, quizás, expresaba la complejidad de su mente.

Alejandro es un poco glotón y siempre se empeña en pintar con el color CocaCola.

Un día, una dulce y encantadora niña entró en la clase a mitad de curso. Coloreaba con un enigmático color lila. Todos lo aprendieron rápidamente; hasta Mohamed, que parecía incapaz de aprender algún color, llegó un día y me dijo: "verdad, maestro, que este color se llama lila".

No debemos enseñar los colores de uno en uno, de forma progresiva y lógica, comenzando por los primarios, etc., como nos indican ciertos manuales didácticos, sino proporcionar relación con todos, dando opción cada día a que elijan el color del aro, la pelota, el lápiz, la cuerda, etc. Cada uno irá construyendo afectivamente unos colores determinados, produciéndose un aprendizaje que respeta la individualidad de cada uno.

El arco iris no se construye montando colores uno encima del otro progresivamente, sino que es una explosión multicolor que se produce en el cielo y alcanza en forma diferente el corazón de cada uno.